Doctora Oscuridad

María Jesús Fernández Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

María permanecía sentada abrazada a sus piernas dobladas en el suelo entre las estanterías. La envolvía el silencio inanimado tras la hora de cierre, ese que dejaba deslizar por el ambiente crujidos y chasquidos apenas perceptibles como ínfimas quejas clamando atención. El reflejo de la luz de la calle se deslizaba tímido por los cantos de los libros perfectamente ordenados hasta perderse confundido entre diminutas partículas de polvo. A su lado yacía un ejemplar de su tesis doctoral que engrosaba el número de volúmenes del fondo de la biblioteca, abierto por la primera página, la que hacía mención de los agradecimientos. Entre la larga lista de nombres de personas e instituciones que evidenciaban una artificial humildad, destacaba uno manuscrito en trazo recio y firme: Doctora Oscuridad.

Hacía tiempo que conocía la existencia de aquel apelativo. Había vivido durante cinco años enclaustrada entre aquellas paredes, día y noche, trabajando como bibliotecaria para subsistir mientras desarrollaba su estudio. El mundo real tropezaba con su conciencia vestido de usuarios que dejaban resbalar sus miradas por su anatomía mientras realizaba su trabajo. A duras penas consiguió vencer el mutismo en el que se había sumido durante tanto tiempo para defender su trabajo a viva voz ante el tribunal. Contemplaba las miradas condescendientes de cada miembro de la mesa que parecían reflejar el hastío de la obligatoriedad del trámite. Las sonrisas sarcásticas que de vez en cuando asomaban a la comisura de sus labios cuando creían no ser observados delataban lo que todo el mundo pensaba, que su ingente labor buscando y rebuscando entre los pasajes de Fausto la había convertido en una sombra perdida sin rastro alguno de humanidad. Aquella tarea la había consumido y alejado del trato íntimo con otros seres.

Se desperezó y caminó lentamente hacia la salida dejando abandonada su obra sin colocar. Apagó las luces del vestíbulo y cerró las puertas, echando un último vistazo a aquel templo de saber que la había sumido en una placentera existencia estática. Giró sobre sí misma y reanudó la marcha, sintiendo la suave brisa estival cargando de vida su hastiada mente, en busca resuelta de un nuevo volumen que llenar, éste de palabras y actos tangibles.

María Jesús Fernández Rodríguez ©